

maliciosa trama de sus cortesanos, y nada tendría de particular que no se hubiese dado exactamente cuenta de su contenido y alcance.

¿Llegó la carta a manos del Cardenal? Este punto es más dudoso que el anterior. Carvajal nos dice: «luego que llegó esta carta, el Cardenal recibió alteración, y tomole recia calentura que en pocos días le despachó...». Pero el Obispo de Avila, escribiendo a López de Ayala le dice que «tuvo aquella fiebre desde la víspera anterior al día en que le fueron entregadas las cartas a Ximénez...».

Aquí vemos una categórica afirmación y una rotunda negación, y en esta guisa podríase escribir un libro sin llegar a ponernos de acuerdo. Lo único que se puede afirmar con más puntos de apoyo, es lo relativo a la otra carta de Carlos remitida a los del Consejo de Estado, en la cual nada se alude ni habla sobre la famosa epístola.

Muchos autores, entre ellos la autorizada opinión de Cedillo, han llenado cuartillas y más cuartillas sin que a la postre no hayan sacado de aquellas dudas. Si leyó la carta Cisneros, afirman unos que le dió la muerte. Pero otros, suponiendo al franciscano de tan férreo temperamento suponen no le hizo mella la ingratitud. Además no era tan frágil para que una cosa así le ocasionase la muerte, pues en su longeva vida había recibido muchos tan malos y peores golpes. Sus ochenta años, su austera vida de privaciones, su infancia y juventud llenas de escaseces y miserias, su vida azarosa, su última enfermedad, y alguna decepción por serle privado ver al Rey, fueron suficientes para apagar la última llama y destello de su noble espíritu, que él deseaba terminar en la soledad de San Audito (o San Tuy) en los montes de Buitrago, finca de la Universidad Complutense, en medio de una espesura de castaños y robledales, lejos de las angustias, ingratitudes y desagradecimientos humanos. Tal vez de ver los bochornosos espectáculos del alborear del reinado de Carlos V, le hubieran hecho morir de ira y de vergüenza.

41.—MUERE EL GRAN HOMBRE Y ESTADISTA.—SUS ÚLTIMOS MOMENTOS.—SEPELIO Y FUNERALES.—ESCÁNDALO EN LA CORTE.

Eran las cuatro de la madrugada del domingo día 8 del mes de los difuntos de aquel año de 1517, cuando entregó su espíritu al sumohacedor en el ya citado señorial palacio de la antigua y fuerte villa de Roa, el Cardenal Gobernador Fray Francisco Ximénez de Cisneros, suceso de gran trascendencia y gravedad para España.

Gentes de diversa clase, condición y alcurnia se dieron cita en aquellas estancias del Conde de Siruela, el que hacía los honores de la noble mansión a los personajes allí congregados, egregios unos, y purpurados otros. Por allí se veía al Infante de Castilla, D. Fernando, hermano del que había de ser Emperador de Alemania; al Infante Pontífice, Cardenal Adriano; al Almirante de Castilla, los Duques del Infantado, de Medina-Sidonia, de Béjar, de Arcos; Marqueses de Villena y Astorga, los de Aguilar y Vélez; Conde de la Coruña; Arzobispos de Burgos y Granada; Obispos de Almería y Avila; Adelantados, Consejeros, caballeros, inquisidores, teólogos, contadores, juristas, canónigos, médicos, escuderos, y todos en extraño desconcierto y confusión, como lo estaba la multitud que rodeaba los muros de palacio.

El suceso era ocasionado por el óbito de un anciano asceta, que cubierto por el hábito de San Francisco y las insignias de la dignidad Arzobispal, yacía en severo lecho mortuorio, espiritadas reliquias de algo que fué un símbolo de energía, tesón, rectitud y bondad, de lo que no restaban más que una demacrada faz y unos huesos fielmente diseñados por la lívida piel y el pardo sayal, oyéndose solamente su fatigosa respiración, sintiendo ya-

cer en la primera cama que con honores de tal había ocupado en su vida, y no moría en el lecho de ceniza que el pobrero de Asís eligió, por impedirsele el protocolo como representante de un Rey y de una Nación, jurando ante todos en esta postrera hora, que todas las rentas eclesiásticas que había tenido las había repartido tan enteramente con los pobres, que «no había defraudado de ellas para sí ni para sus parientes un tan solo maravedí» (50). Que moría con alegría, pero al mismo tiempo presentía las desgracias que acarrearían a España la guerra de las Comunidades que su agudo espíritu vaticinó.

A continuación recibió el Viático, y preguntándole el ministro, según la rúbrica, si quería recibir la Extremaunción, respondióle con firmeza «que sí, pero que ya avisaría a su tiempo». Algunos vieron en estas palabras una previsión sobrenatural de la hora de su muerte.

Todos los presentes, postrados de rodillas ante el Señor, lloraban conmovidos, mientras el moribundo, sentado en su lecho como en una cátedra, les miraba, repitiéndoles, según el uso antiguo, el «In Dei nomine, Amén», despidiéndose de aquella abigarrada, heterogénea y emocionada concurrencia. Pero aún había allí espíritus mezzquinos como el Adelantado de Cazorla, Villarreal, que en aquel trance se le acerca al lecho para hacerle firmar un memorial dirigido al Rey, *en demanda de una pensión*. Pero Cisneros le responde con entereza: «ya no es tiempo de negociar memoriales, sino de prepararse a morir».

Entre tanto, el valeroso moribundo, sin soltar de entre las manos el Crucifijo, cuando ya se extinguía en el pecho el poderoso aliento, se le empezó a oír aquellas palabras del salmo: «conserva me Domine... en Ti, Señor, esperé, no seré confundido eternamente... Tú eres mi Señor, porque no necesitas mis bienes».

Con esto parecía pensar en ingratitudes humanas... en desprecios de última hora, premio de gigantescos trabajos. «¡Tú, Señor, que eres mi herencia, ¡oh Dios!, serás el que me restituya mi heredad!». «In Té Domine, speravi non confundar in aeternum».

Los labios siguieron musitando con leve temblor apenas perceptible a impulsos de aquel fuerte corazón, sin que nadie oyese ya lo que decía... Cumplía ochenta y un años de su edad y treinta y tres de religioso.

Las campanas de Roa anunciaron con el triste tañer de sus bronces que había muerto el más español de los españoles de entonces, encarnación de la tradición Hispánica. Pero aquellos lúgubres tañidos, también fatídicamente anunciaban que a la rotura de este robusto dique las codicias y concupiscencias extranjerías, desbordándose, iban a inundar de sangre y cieno los campos de Castilla, eco funesto en el toque de guerra de los Comuneros, y en los golpes de hacha en el cadalso de Villalar.

Apenas cerró los ojos el Cardenal, la mayoría de los nobles (sin nobleza) volvieron la espalda a sus restos mortales, no así el pueblo llano al que tanto había favorecido, el cual le lloró largamente, disputándose el honor de llegar hasta el sillón donde sentaron el cadáver revestido de Pontifical, para besarle respetuosamente manos y pies (51).

Pero otro hecho más insólito que el de los nobles tuvo lugar en la misma casa, símbolo y principio de lo que iba a ocurrir en la hacienda de la Nación. Ello fué, que los capitanes de sus guardias, Vadillo y Collazo, comenzaron a desvalijar muebles y cajas, para apoderarse de la vajilla de plata, encontrando en un íntimo necesar el

(50) A sus parientes de Torrelaguna y Cisneros les llamaban los «sin dineros».

(51) Su barbero, Silvestre, de setenta años, afeitó el cadáver.

hilo, dedal y aguja con los que él mismo zurcía su remendado hábito (52).

Fué embalsamado el cadáver con «ungüentos y sal» para poderlo trasladar a Alcalá. Después fué llevado al Templo de la Trinidad de Roa, donde estuvo expuesto el domingo y lunes por la mañana a la pública veneración en magnífico catafalco, saliendo a las nueve de este último día, bajo una lluvia torrencial que les acompañó todo el camino, no obstante lo cual las gentes de todos los pueblos salían a su encuentro. Llegaron a Fuente-nebro en la raya de Burgos y Segovia, donde pernoctaron, como también así lo hicieron al siguiente día en La Matilla, en la raya de Madrid con Segovia, llegando el miércoles 11 por la noche a Robregordo, después de vencer la Somosierra, donde les cayó otro turbión de agua, obligándoles a pernoctar en dicho pueblo.

Ya sabemos, a través de la historia, que su íntimo y ferviente amigo de siempre, a quien encumbró y llenó de honores, fué el abulense Fray Francisco Ruiz, Obispo de Avila; pues bien, hay que confesar, aunque sea bochornoso para la historia, que fué el mayor instigador en las prisas por enterrar a su amigo y protector ¡ingratitude humana! «La mayor prisa que tengo—dice el abulense—si tuviera que acompañar el cadáver del Cardenal, es que no podré ir luego a besar las manos de Su Magestad». Quería cuanto antes volver a la Corte en busca del calorillo del nuevo sol que se levantaba. En una de sus cartas a Varacaldo, dándole cuenta de la muerte de su Señor, dedica casi toda la epístola a su pensión y asuntos privados, entre ellos, el cargo de Inquisidor, u otro cerca del Infante, terminando el muy desaprensivo la carta diciendo: «estoy tal que no me puedo acordar de mí mismo», pero al que ya había olvidado en tan poco tiempo fué a su protector, a quien tanto debía, no olvidando sus particulares medros ni aun en las situaciones más solemnes.

En la mañana del día 12, después de la misa, salieron para Torrelaguna, pasando por La Cabrera, donde en su Monasterio de San Antonio reposan los restos de su padre, juntándoseles muchas gentes que acompañaron sus despojos mortales hasta Torrelaguna, su patria chica, entrada que conmemora hoy sencilla cruz de piedra en las afueras de la villa, camino de Madrid.

El cuerpo fué depositado en el convento franciscano por él fundado, donde se le hicieron solemnes exequias, partiendo al siguiente día 13 hacia Alcalá, pueblo que en masa salió a recibir con lágrimas en los ojos a su gran benefactor, disputándose el cadáver S. Justo y los Colegios de S. Ildelfonso, temiéndose un tumulto, que apaciguó el abulense al decir que el testamento ordenaba ser enterrado en S. Ildelfonso, junto a sus amados discípulos.

El mismo testamento decía fuesen sus exequias las de un humilde religioso; pero los fieles y los colegiales, haciendo caso omiso de estas cláusulas, le hicieron los funerales más solemnes «que los de ninguno de los grandes príncipes que recuerde la Historia», durando la ceremonia todo el día 14, habiendo pugnas entre las diversas iglesias para vencer a los otros en grandeza y fastuosidad.

En el templo de la Universidad se dijo la misa, que terminó a las tres de la tarde; misa que había de ser histórica por lo que voy a referir.

En medio de aquel abarrotamiento de fieles apareció en la Cátedra Sagrada el ilustre Dr. Ciruelo, que era

catedrático, y apoderándose de los sentimientos que en aquella hora flotaban en el ambiente español, empieza su catilinaria contra quienes habían pregonado una cédula de Su Alteza en que se mandaba embargar todos los bienes de la hacienda del Cardenal y tenerlos en depósito para lo que Su Alteza dispusiese, difamación inícuca contra el que aún no se le había dado tierra.

Ciruelo puso como texto a su discurso aquellas palabras del Salmo: «Levántate, Señor, y espanta las fieras del bosque, para que a semejanza de una manada de toros en medio de la vacada quieran arrojar fuera a los hombres de bien, probados como plata de ley».

Este discurso se encuentra hoy en el Museo Británico, y en él se refería a la infame codicia de la canalla Flamenca, hordas extrañas que acababan de entrar a saco en la heredad de la noble tierra española, al frente de un joven Rey de equivocada política y por entonces poco amante de España. Menos mal que con el tiempo fué cambiando según se fué apegando a su nueva patria, eliminando aquella lepra que consigo trajo, y dando a los españoles lo que en ley les correspondía, volviendo los ojos a aquella cátedra de fortaleza y rectitud con la que Cisneros le había edificado su próspero reinado.

Terminados los funerales, llevóse el cuerpo a la capilla mayor de la Iglesia Universitaria de S. Ildelfonso, encerrados en lujosa caja, hasta el año 1521, en que fué colocado en el suntuoso sepulcro trazado por el inspirado y famoso escultor florentino Domenico Alejandro Florentín (Fancelli), encargado por los testamentarios del gran Cardenal. Pero aquel artista murió prematuramente sin terminar su obra, que ya muy avanzada terminó el escultor burgalés, residente en Génova, Bartolomé de Ordóñez, que modeló la estatua, y murió también en pleno trabajo, continuando nuevamente la obra Pietro Aprilis de Charona Forné y Adon de Wivaldo, que mandaron el sepulcro a Alcalá dividido en piezas, costando a la Universidad dos mil cien ducados de oro.

La cama sepulcral, de bello mármol de Carrara, se levantaba sobre basamentos de bellos relieves y cenefas de delicados follajes, midiendo tres metros de largo por dos veinticinco de ancho y uno sesenta y cinco de altura. La urna cineraria sobre que descansaba la cama tenía en sus cuatro fachadas doce nichos, cuatro en cada uno de los laterales, y dos en los pies y cabecero. En el centro de cada lado había una medalla con figuras de ángeles y santos, lo mismo que los nichos. En cada ángulo de la urna había un grifo con las alas extendidas. En el plano del colchón se veían sentados cuatro Doctores de la Iglesia representados en pequeñas figuras. Todo el contorno de la urna estaba adornado con niños, festones y otras cosas ejecutadas con prodigalidad y atención. Encima se tiende vestida de pontifical la estatua yacente del Prelado, modelada de forma notable, siendo la cabeza lo más artístico, aunque no tenía gran parecido con la del original. Dos ángeles sostenían el escudo de armas del Cardenal, y a los pies de la estatua en un tarjetón de mármol se leía el epitafio en latín, que traducido así rezaba: «Yo, Francisco, que hice levantar un gran liceo en honor de las musas, descanso en este reducido sarcófago; ceñí la púrpura con el sayal; usé del casco y del sombrero; fraile, general, ministro y Cardenal, llevé al mismo tiempo sin pretenderlo diadema y cogulla, cuando España me obedeció como Rey. Murió en Roa a 11 de Noviembre de 1517.»

Con ser tan famosa la obra de mármol, era inferior a la broncea verja que rodeaba el sepulcro, algunos de cuyos vestigios se ven aún allí destrozados. Dicho balaustre, comenzado por Nicolás Vergara en Toledo en 1566, y terminado por su hijo Vergara el Mozo en 1593 (veintisiete años), costó el equivalente de 25.000 pesetas, estipulándose su ajuste en mil ducados; pero después de ruidoso pleito tuvo que abonar la Universidad 9.100.

Estaba adornada de bellísimos follajes y mascarones; sobre la cornisa tenía unos pedestalitos con jarro-

(52) Tampoco se mostró muy remiso el ingrato Carlos, nombrando «Ipsa-Facto» Arzobispo de Toledo al flamenco Cardenal Guillermo de Croy, y, por añadidura, el cargo de Canciller de Castilla. Menos mal (y para tranquilidad del ánimo de Cisneros) que el jovencuelo primado murió de una caída de caballo en una cacería a sus veintinueve años de edad. ¡Poco tiempo calentó la silla Toledana!

nes de hermosa forma y extremado primor, con algunas cabecitas grotescas y otras figuritas que lo enriquecían maravillosamente. En uno de estos pedestalitos (el del pie izquierdo) se leía en letra pequeña unos versos en latín, que vertidos al castellano decían: «Deja de admirar caminante esos mármoles y balaustres de hierro con tanto primor trabajados, y contempla las virtudes del Santo Varón que encierran, digno por tantos títulos de alabanza y de ser dos veces elevado a los más eminentes destinos del Estado».

En 1597, y a causa de la humedad, se sacaron los huesos de este sepulcro y se colocaron en un armario alacena para que se oreasen, hasta el 1664, que se trasladaron a un nicho del lado del Evangelio, poniéndose delante la verja que fué del sepulcro de San Diego. Poco después volviéronse a sacar los restos para ser nuevamente colocados en el mausoleo, hasta que en 1677 se vuelven a descubrir para permanecer cinco días al aire para desecarlos de la humedad, hasta el 7 de agosto de aquel año, en que fueron depositados en un nicho alto a espaldas del altar mayor de la Iglesia de la Universidad, tabicando el nicho y tapando la puerta.

Al trasladar el sepulcro a la Magistral a principios de 1850, se hicieron tentativas para encontrar los restos, sin resultado; pero persistentes indagaciones dieron con el hallazgo de los preciados huesos en el lugar antedicho, con un pergamino sobre las arcas, que así rezaba: «HAEC SUNT OSSAS S. N. M. D. FUNDATORIS NE ANPLIUS PUTRESCERENT HUC TRASLATA POSTOUAN IURIDICE AB EPISCOPIS ARCADIAE ET CESAREAE P. PECTSUNT R. RE LESACA ANNO 1677».

Abierta la caja, y comprobada la autenticidad de los restos, fueron trasladados a la Magistral y depositados en la capilla de San Ildefonso, donde estuvieron hasta el 27 de abril de 1857, en cuyo día se colocaron con gran solemnidad en la cripta, en donde estuvieron hasta el «vendaval» de la última revolución de 1936, aunque ya en 1869 una orden del Gobierno obligada a que todos los restos de varones célebres de España fuesen enterrados en el nuevo Panteón de Hombres Ilustres, medida a la que se opusieron los Complutenses con los del Cardenal, que también los reclamaba la Iglesia del Noviciado de Madrid, la de San Jerónimo y la Catedral de Toledo. Pero el «nicapedrero» Pozas, que dió nombre a un barrio de Madrid, se encargó del nuevo montaje del sepulcro en la Magistral en 1850.

Debajo del sarcófago está la bóveda donde se encontraban los restos del titular, trasladados después de la guerra al Obispado de Madrid en espera de su retorno cuando la Iglesia haya terminado su reparación, sabe Dios cuando.

También por entonces se hizo un concurso entre los poetas de la época, que tanto abundaban en Alcalá, obteniendo la palma el de Vergara, que lo escribió en latín, y traducido por el Dr. Porreño, y que así reza:

Para las musas fundé
Yo, Francisco, un gran Teatro
Y en menos de pasos cuatro
Donde estoy me sepulté.

Quiso Dios en quien espero
Que un pobre fraile tan flaco
Vistiese Púrpura y saco
Armas, bonete y sombrero.

Y por gracia celestial
tan levantado me ví
Que fraile y soldado fuí
Arzobispo y Cardenal.

Y aunque humilde en profesión
A España asombro causé
Cuando dos veces reiné
Con mi cogulla y cordón.

También en el túmulo dedicado al siervo de Dios se colocaron estos otros versos, que decían ser también del ¿Doctor Vergara?

Al Cisne que el Tajo humilla
Cinco insignias le dió el Cielo
Cetro, bastón y Capelo
Sobre el manto y la Capilla.
Rey le hizo el cetro en Castilla
El bastón, de Orán espanto.

«Autor de la Biblia, el Manto
Y de un Colegio Mayor
El Capelo fundador
y la Capilla un gran Santo.»

Los primeros síntomas de ruindades pueblerinas salieron a la superficie no bien hubo cerrado los ojos el Cardenal. El elemento civil no dió grandes muestras de sentimiento, ingratitude humana, cuya ponzoña no se estirpa a través de los siglos. En Alcalá estuvo a punto de ser trasladada su Universidad, por la incultura y rudeza de los contemporáneos, cuyas bases de vida cifraban en «pan y toros», que tres siglos más tarde sería el lema del rey felón para su pueblo (hoy es futbol «sin pan»), señal fehaciente de que las personas cambian, pero no los atavismos.

¿Cómo cambiaron las cosas a la muerte de aquel gran conductor! Parecía que su presencia y su dirección eran cosas sencillas, y que el tren de la Nación se deslizaba dulcemente y sin estridencias sobre sus rieles. ¡Pero cómo descarriló al advenir la dinastía de los Flamencos, a los que Cisneros les oponía los topes a sus embestidas! Se apoderaron contra todo fuero de los cargos públicos. Xevres secuestra al Rey para saciar su desenfadada avaricia. El Canciller Sauvaje desprecia a los Castellanos intimidándoles con amenazas, conducta muy equivocada con la raza que no conocía. Surgen Cortes, a las que el Rey *tiene* que ceder y otorgar las justas peticiones de los pueblos, jurar sus fueros y leyes, y escuchar verdades que no quisiera oír.

Las cosas no se arreglaban por faltar el Rey a lo pactado. Este marcha a coronarse Emperador, y estalla el volcán; hay asesinatos; corre sangre inocente; hay luchas y desafueros, crueldades y vergonzosas hazanas, incendios, asaltos, tragedias, hasta terminar todo en Villalar, mientras el único brazo capaz de dominar tanto daño y dolor se va secando en el fondo de su sepulcro viendo el peligro de ver otra vez sumida a España en los tiempos bárbaros.

¿Qué pensaría Carlos en Yuste de este primer período de su reinado en España, desangrado por aquella jauría de aúlicos que se trajo para arruinarla? Los remordimientos de sus yerros le harían asomar alguna vez el llanto a los ojos por los dolores inmerecidos causados a la noble Castilla, y la ingratitude y desprecio al hombre bueno que le dió el floreciente reino «en bandeja».

42.—PROCESO DE CANONIZACIÓN.

A la muerte de Cisneros no se pensó en canonizarle, no obstante llamarle los colegiales «El Santo Fundador» y «Santo Amo», como le llamaba el pueblo y en los documentos se especificaba. Buena ocasión la hubo para introducir la causa en el reinado de Felipe II, tan favorable a ella, y su influencia en Roma ante el Pontífice Sixto II. de los Santos españoles que entonces se querían canonizar, «que el Santo de más importancia de España era el Cardenal Cisneros». El Gran Monarca eclesiástico, el único ministro honrado por sus contemporáneos como Santo», según dijo Robertson.

Sin embargo, se canonizó al beato Diego de Alcalá por «su intervención» en el descalabro del Príncipe Carlos, asistiendo el Rey a las fiestas, ¿cómo no?

El rector Alonso de Mendoza en 1566 dió el primer paso a la introducción de la causa, encargando a Alvar Gómez de Castro que recopilara datos, hechos famosos y virtudes de Cisneros, pero no se consiguió nada más que traslados y traslados de restos en evitación que la humedad terminase con ellos, como ya se indicó.

(Continuará.)

Cuando el ayer se aleja

EXPLICACION DE LA PORTADA

fiado. En los balcones, como bellos y fragantes estandartes femeninos, hay sitio holgado para las flores.

Así es nuestra portada, o mejor dicho, así la vemos nosotros desde aquí, desde Madrid, añorando esa tranquilidad que, no obstante, estamos seguros, llegaría a fatigarnos tanto como ahora nos abruma el ajetreo de la ciudad.

¡Ah! Pero ahí está, sin embargo, el acogedor encanto de la calma, de las horas sin prisas, de las tardes sin ruidos, de ese tráfico sin motor y, sobre todo, la gracia primitiva de una tartana parada, tranquilamente aparcada, sin zonas prohibidas, sin agobios ni señales.

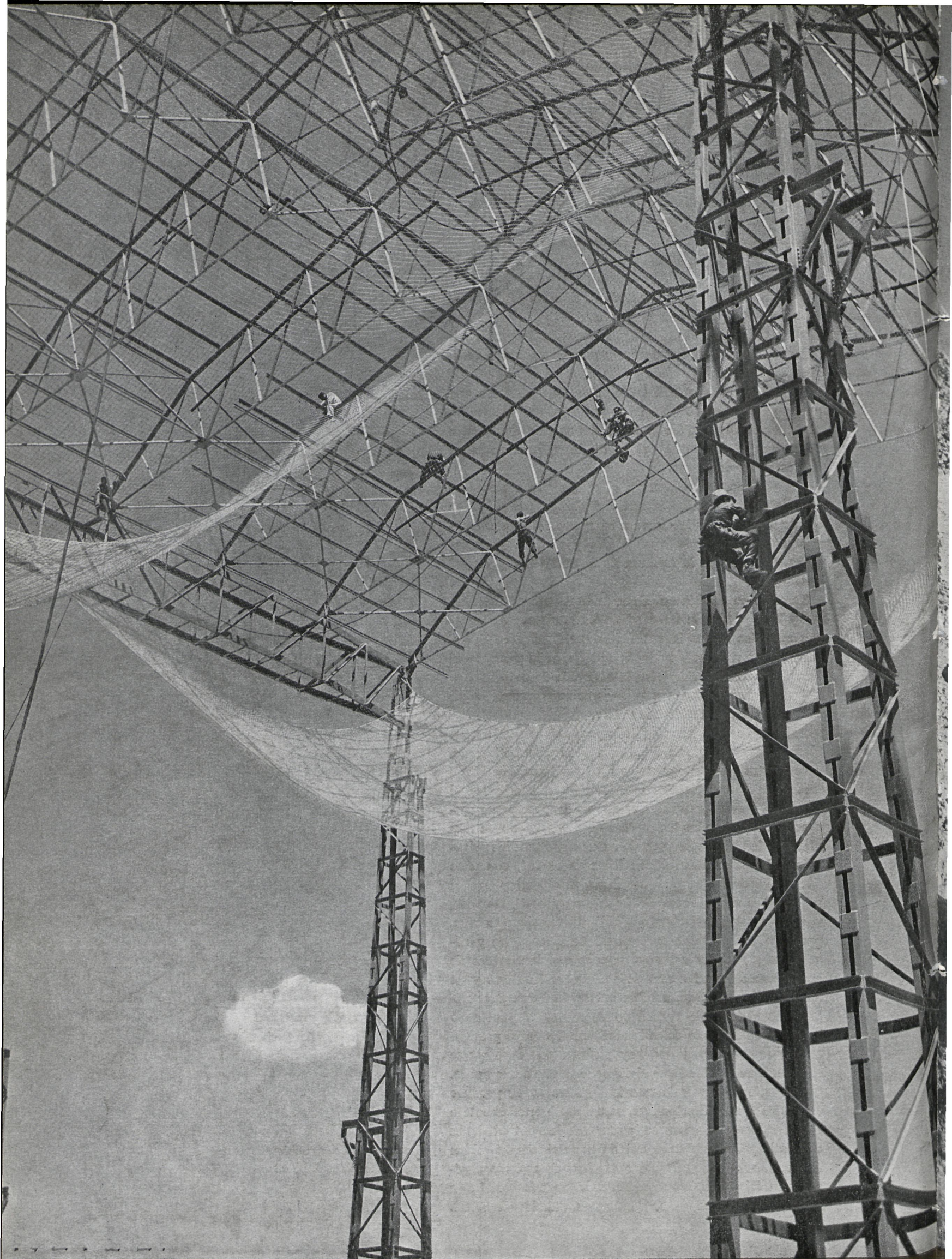
De vez en cuando, allá en la carretera, una moto que pasa ruidosamente o un coche, que más modesto, corre casi desapercibido. Sólo el polvo del camino denuncia a veces que la vida, otras vidas distintas, pasaron sobre ruedas y sin detenerse.

Y de nuevo, desde la torre, el reloj envía, sin equivocarse ahora, la medida exacta del tiempo que pasa. La quietud, la paz, el silencio va a truncarse de un momento a otro. La tarde cederá por último y el pueblo, sus vecinos, buscarán en la frescura de la noche la alegría del descanso.

La estampa cambia así. Es la misma, pero se transforma y hace posible la felicidad de los hombres que regresan agotados de las faenas del campo. Una cena ligera, ropa limpia y, como premio, la tertulia en la plaza, en el bar, en los rincones. Tertulia, intercambio de noticias. Noticias que van y vienen a la par que se consume un pitillo o cae una jarra de buen vino.

Así pasa, o al menos así puede pasar, en cualquier pueblo de nuestra provincia. La civilización apenas se insinúa, pero avanza constantemente con los tractores, que hacen más fácil el trabajo; con la televisión, que ameniza el descanso, o con esos vehículos que no siempre pasan desapercibidos. Abundan las cocinas de gas, mucho más limpias que los viejos hogares de antaño, y hasta los frigoríficos. Y, poco a poco, con lenta seguridad, con paso firme, allá en las afueras del lugar, una fábrica levanta sus naves o surge, como obra que parece casi milagrosa, una explotación agrícola modelo. El pueblo sigue su vida, pero siente muy cerca el contacto de la máquina y admira las grandes y extrañas antenas que la emisora de radio instaló para lanzar más allá de las fronteras y de los mares la voz de un hombre que habla frente a los micrófonos diciendo la verdad de España. Y al pueblo no le disgustan del todo estas innovaciones, aunque presienta que la monotonía que hoy disfruta puede romperse con la misma facilidad que el día cede su curso a la noche.

Mas, mientras llega la transición, mientras se produce el cambio que casi palpan ya, se apegan honradamente a sus costumbres y buscan en la sencillez de sus tradiciones el refugio provisional contra algo que en el fondo también les atrae, que les seduce como cánticos de turbadoras sirenas invitándoles de momento, más tarde les exigirá, a recorrer caminos distintos a los de su andadura habitual.



REVISTA EDITADA POR LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID.